

LA REVOLUCIÓN RUSA 1. Importancia fundamental de la Revolución Rusa

2. La política agraria de los bolcheviques

3. La cuestión de las nacionalidades

4. La Asamblea Constituyente

5. La cuestión del sufragio

6. El problema de la dictadura

7. La lucha contra la corrupción

8. Democracia y dictadura

1. Importancia fundamental de la Revolución Rusa

La Revolución Rusa constituye el acontecimiento más poderoso de la Guerra Mundial. Su estallido, su radicalismo sin precedentes, sus consecuencias perdurables, son la condena más evidente a las mentiras que con tanto celo propagó la socialdemocracia oficial

a comienzos de la guerra como cobertura ideológica de la campaña de conquista del

imperialismo alemán. Me refiero a lo que se dijo respecto a la misión de las bayonetas

alemanas, que iban a derrocar al zarismo ruso y liberar a sus pueblos oprimidos.

El poderoso golpe de la Revolución Rusa, sus profundas consecuencias que transformaron todas las relaciones de clase, elevaron a un nuevo nivel todos los problemas

económicos y sociales, y, con la fatalidad de su propia lógica interna, se desarrollaron

consecuentemente desde la primera fase de la república burguesa hasta etapas más

avanzadas, reduciendo finalmente la caída del zarismo a un simple episodio menor. Todo

esto deja claro como el día que la liberación de Rusia no fue una consecuencia de la guerra y de la derrota militar del zarismo ni un servicio prestado por "las bayonetas alemanas en

los puños alemanes", como lo prometió una vez, en uno de sus editoriales, el Neue Zeit

dirigido por Kautsky. Demuestran, por el contrario, que la liberación de Rusia hundía

profundamente sus raíces en la tierra de su propio país y su maduración completa fue un

asunto interno. La aventura militar del imperialismo alemán, emprendida con la bendición

ideológica de la socialdemocracia alemana, no produjo la revolución en Rusia. Sólo sirvió

para interrumpirla al principio, para postergarla por un tiempo luego de su primera alza

tempestuosa de los años 1911-1913 y luego, después de su estallido, para crearle las

condiciones más difíciles y anormales.

Más aun; para cualquier observador reflexivo estos hechos refutan de manera

decisiva la teoría que Kautsky compartía con los socialdemócratas del gobierno, que

suponía que Rusia, por ser un país económicamente atrasado y predominantemente

agrario, no estaba maduro para la revolución social y la dictadura del proletariado. Esta

teoría, que considera que la única revolución posible en Rusia es la burguesa, es también la del ala oportunista del movimiento obrero ruso, los llamados mencheviques, que están bajo

la experta dirección de Axelrod y Dan. En esta concepción basan los socialistas rusos su

táctica de alianza con el liberalismo burgués. En esta concepción de la Revolución Rusa, de la que se deriva automáticamente su posición sobre las más mínimas cuestiones tácticas, los oportunistas rusos y los alemanes están en un todo de acuerdo con los socialistas

372

gubernamentales de Alemania. Según estos tres grupos, la Revolución Rusa tendría que haberse detenido en la etapa que, según la mitología de la socialdemocracia alemana,

constituía el noble objetivo por el que bregaba el imperialismo alemán al entrar en la

guerra; es decir, tendría que haberse detenido con el derrocamiento del zarismo. Según

ellos, si la revolución ha ido más allá, planteándose como tarea la dictadura del

proletariado, eso se debe a un error del ala extrema del movimiento obrero ruso, los

bolcheviques. Y presentan todas las dificultades con las que tropezó la revolución en su

desarrollo ulterior, todos los desórdenes que sufrió, simplemente como un resultado de

este error fatídico.

Teóricamente, esta doctrina (recomendada como fruto del "pensamiento marxista" por el Vorwaerts de Stampfer<sup>181</sup> y también por Kautsky) deriva del original descubrimiento

"marxista" de que la revolución socialista es nacional y un asunto, por así decirlo,

doméstico, que cada país moderno encara por su cuenta. Por supuesto, en medio de la

confusa neblina de la teoría, un Kautsky sabe muy bien cómo delinear las relaciones

económicas mundiales del capital que hacen de todos los países modernos un organismo

único e integrado. Además, los problemas de la Revolución Rusa, por ser éste un producto

de los acontecimientos internacionales con el agregado de la cuestión agraria, no pueden

resolverse dentro de los límites de la sociedad burguesa.

Prácticamente, esta teoría refleja el intento de sacarse de encima toda responsabilidad por el proceso de la Revolución Rusa, en la medida en que esa responsabilidad afecta al

proletariado internacional, y especialmente al alemán; y también de negar las conexiones

internacionales de esta revolución. Los acontecimientos de la guerra y la Revolución Rusa

no probaron la inmadurez de Rusia sino la inmadurez del proletariado alemán para la

realización de sus tareas históricas. Un examen crítico de la Revolución Rusa debe tener

como primer objetivo dejar esto perfectamente aclarado.

El destino de la revolución en Rusia dependía totalmente de los acontecimientos

internacionales. Lo que demuestra la visión política de los bolcheviques, su firmeza de

principios y su amplia perspectiva es que hayan basado toda su política en la revolución

proletaria mundial. Esto revela el poderoso avance del desarrollo capitalista durante la

última década. La revolución de 1905-1907 despertó apenas un débil eco en Europa. Por lo

tanto, tenía que quedar como un mero capítulo inicial. La continuación y la conclusión

estaban estrechamente ligadas al desarrollo ulterior de Europa.

181 Friedrich Stampfer (1874-1917): uno de los principales dirigentes del PSD alemán y director de su diario, Vorwaerts.

373

Concretamente, lo que podrá sacar a luz los tesoros de las experiencias y las enseñanzas no será la apología acrítica sino la crítica penetrante y reflexiva. Nos vemos

enfrentados al primer experimento de dictadura proletaria de la historia mundial (que

además tiene lugar bajo las condiciones más difíciles que se pueda concebir, en medio de la conflagración mundial y la masacre imperialista, atrapado en las redes del poder militar más reaccionario de Europa, acompañado por la más completa deserción de la clase obrera

internacional). Sería una loca idea pensar que todo lo que se hizo o se dejó de hacer en un experimento de dictadura del proletariado llevado a cabo en condiciones tan anormales

representa el pináculo mismo de la perfección. Por el contrario, los conceptos más

elementales de la política socialista y la comprensión de los requisitos históricos necesarios nos obligan a entender que, bajo estas condiciones fatales, ni el idealismo más gigantesco ni el partido revolucionario más probado pueden realizar la democracia y el socialismo, sino

solamente distorsionados intentos de una y otro.

Hacer entender esto claramente, en todos sus aspectos y con todas las consecuencias

que implica, constituye el deber elemental de los socialistas de todos los países. Pues sólo sobre la base de la comprensión de esta amarga situación podemos medir la enorme

magnitud de la responsabilidad del proletariado internacional por el destino de la

Revolución Rusa. Más aun; sólo sobre esta base puede ser efectiva y de decisiva

importancia la resuelta acción internacional de la revolución proletaria, acción sin la cual hasta los mayores esfuerzos y sacrificios del proletariado de un solo país inevitablemente se confunden en un fárrago de contradicciones y errores garrafales.

No caben dudas de que los dirigentes de la Revolución Rusa, Lenin y Trotsky, han

dado más de un paso decisivo en su espinoso camino sembrado de toda clase de trampas

con grandes vacilaciones interiores y haciéndose una gran violencia. Están actuando en

condiciones de amarga compulsión y necesidad, en un torbellino rugiente de

acontecimientos. Por lo tanto, nada debe estar más lejos de su pensamiento que la idea de

que todo lo que hicieron y dejaron de hacer debe ser considerado por la Internacional

como un ejemplo brillante de política socialista que sólo puede despertar admiración acrítica y un fervoroso afán de imitación.

No menos erróneo sería suponer que un examen crítico del camino seguido hasta

ahora por la Revolución Rusa debilitaría el respeto hacia ella o la fuerza de atracción que ejerce su ejemplo, que son lo único que puede despertar a las masas alemanas de su inercia

fatal. Nada más lejos de la verdad. El despertar de la energía revolucionaria de la clase

obrero alemana ya nunca más podrá ser canalizado por los métodos carceleros de la

374

socialdemocracia de este país, de tan triste memoria. Nunca más podrá conjurarla alguna autoridad inmaculada, ya sea la de nuestros "comités superiores" o la del "ejemplo ruso".

La genuina capacidad para la acción histórica no renacerá en el proletariado alemán en un

clima de aplaudir indiscriminadamente todo. Sólo puede resultar de la comprensión de la

tremenda seriedad y complejidad de las tareas a encarar; de la madurez política y la

independencia de espíritu; de la capacidad coartada, con distintos pretextos, por la

socialdemocracia en el transcurso de las últimas décadas. El análisis crítico de la Revolución Rusa con todas sus consecuencias históricas constituye el mejor entrenamiento para la clase obrera alemana e internacional, teniendo en cuenta las tareas que le aguardan como resultado de la situación actual.

El primer periodo de la Revolución Rusa, desde su comienzo en marzo hasta la

Revolución de Octubre, corresponde exactamente, en líneas generales, al proceso seguido

tanto por la gran Revolución Inglesa como por la gran Revolución Francesa. Es el proceso

típico de todo primer ensayo general que realizan las fuerzas revolucionarias que alberga la sociedad burguesa en sus entrañas.

Su desarrollo avanza siempre en línea ascendente: desde un comienzo moderado a

una creciente radicalización de los objetivos y, paralelamente, desde la coalición de clases y partidos hasta el partido radical como único protagonista.

En el estallido de marzo de 1917, los "cadetes" 182, es decir la burguesía liberal, estaban a la cabeza de la revolución. La primera oleada ascendente de la marea

revolucionaria arrasó con todos y con todo. La Cuarta Duma, producto ultrarreaccionario

del ultrarreaccionario derecho al sufragio de las cuatro clases, que fue una consecuencia del golpe de Estado, se convirtió súbitamente en un organismo revolucionario. Todos los

partidos burgueses, incluyendo los de la derecha nacionalista, de pronto formaron un frente contra el absolutismo. Este calló al primer golpe, casi sin lucha, como un organismo

muerto que sólo necesita que se lo toque para caerse. También se liquidó en pocas horas el

breve intento de la burguesía liberal de salvar al menos el trono y la dinastía. La arrolladora marcha de los acontecimientos saltó en días y horas distancias que anteriormente, en

Francia, llevó décadas atravesar. En este aspecto, resulta claro que Rusia aprovechó los

resultados de un siglo de desarrollo europeo, y sobre todo que la revolución de 1917 fue la continuación directa de la de 1905-1907, no un regalo del "liberador" alemán. El

movimiento de marzo de 1917 comenzó exactamente en el punto en que fue interrumpido

182 Cadetes (Partido Constitucional Demócrata): partido liberal burgués que postulaba en Rusia una monarquía constitucional.

375

diez años antes. La república democrática fue el producto completo, internamente maduro, del primer asalto revolucionario.

Pero luego comenzó la segunda tarea, la más difícil. Desde el primer momento la

fuerza motriz de la revolución fue la masa del proletariado urbano. Sin embargo, sus

reivindicaciones no se limitaban a la democracia política; atacaban esa cuestión tan

candente que era la política internacional al exigir la paz inmediata. Al mismo tiempo, la

revolución abarcó a la masa del ejército, que elevó la misma exigencia de paz inmediata, y a la gran masa campesina, que puso sobre el tapete la cuestión agraria, que desde 1905

constituía el eje de la revolución. Paz inmediata y tierra: estos dos objetivos provocarían inevitablemente la ruptura del frente revolucionario. La reivindicación de paz inmediata se oponía irreconciliablemente a las tendencias imperialistas de la burguesía liberal, cuyo

vocero era Miliukov. 183 Y el problema de la tierra se erguía como un espectro terrorífico ante la otra ala de la burguesía, los propietarios rurales. Además significaba un ataque al sagrado principio general de la propiedad privada, punto sensible de toda clase propietaria.

En consecuencia, al día siguiente de los primeros triunfos revolucionarios comenzó

una lucha interna sobre las dos cuestiones candentes: paz y tierra. En la burguesía liberal se dio la táctica de arrastrar los problemas y evadirlos. Las masas trabajadoras, el ejército, el campesinado, presionaban cada vez con más fuerza. No cabe duda que la cuestión de la paz

y la de la tierra signaron el destino de la democracia política en la república. Las clases burguesas, arrastradas por la primera oleada de la tormenta revolucionaria, se dejaron llevar hasta el gobierno republicano. Luego comenzaron a buscarse una base de apoyo en la

retaguardia y a organizar silenciosamente la contrarrevolución. La campaña del cosaco

Kaledin<sup>184</sup> contra Petersburgo expresó claramente esta tendencia. De haber tenido éxito el ataque, no sólo hubiera quedado sellado el destino de la cuestión de la paz y de la tierra, sino también el de la república. El resultado inevitable hubiera sido la dictadura militar, el reinado del terror contra el proletariado y luego el retorno a la monarquía.

De todo esto deducimos el carácter utópico y fundamentalmente reaccionario de las

tácticas por las cuales los "kautskianos" rusos o mencheviques se permitían guiarse.

183 Pavel Nikolaievich Miliukov (1859-1943): dirigente del partido Cadete. Ministro de relaciones exteriores del gobierno provisional, marzo-mayo de 1917. Enemigo de la Revolución de Octubre, inició muchos intentos contrarrevolucionarios.

184 Alexei Maximovich Kaledin (1861-1918): general zarista, comandante de los Cosacos del Don en 1917.

Después de octubre inició la guerra civil contra los soviets. Derrotado por el Ejército Rojo y por las deserciones de su propio campo se suicidó.

376

Petrificados por el mito del carácter burgués de la Revolución Rusa - ¡todavía hoy sostienen que Rusia no está madura para la revolución social!- se aferraron desesperadamente a la

coalición con los liberales burgueses. Pero ésta implica la unión de elementos a los que el desarrollo interno natural de la revolución ha separado y ha hecho entrar en el más agudo

de los conflictos. Los Axelrod y los Dan<sup>185</sup> querían, a toda costa, colaborar con las clases y los partidos que significaban el mayor peligro y la mayor amenaza para la revolución y la

primera de sus conquistas, la democracia.

Resulta especialmente asombroso observar cómo este industrioso trabajador

(Kautsky), con su incansable labor de escritor metódico y pacífico, durante los cuatro años de la guerra mundial horadó una brecha tras otra en la estructura del socialismo. De esa

obra el socialismo emerge agujereado como un colador, sin un punto sano. La indiferencia

acrítica con la que sus seguidores consideran la ardua tarea de su teórico oficial y se tragan cada uno de sus nuevos descubrimientos sin mover una pestaña, solamente encuentra



parangón en la indiferencia con que los secuaces de Scheidemann<sup>186</sup> y Cía. contemplan cómo este último llena de agujeros al socialismo en la práctica. Ambos trabajos se

complementan totalmente. Desde el estallido de la guerra, Kautsky, el guardián oficial del

templo del marxismo, en realidad ha estado haciendo en la teoría las mismas cosas que los

Scheidemann en la práctica, es decir: 1) la Internacional como instrumento de la paz; 2) el desarme, la liga de naciones y el nacionalismo; 3) democracia, no socialismo.

En esta situación, la tendencia bolchevique cumplió la misión histórica de proclamar

desde el comienzo y seguir con férrea consecuencia las únicas tácticas que podían salvar la democracia e impulsar la revolución. Todo el poder a las masas obreras y campesinas, a los

soviets: éste era, por cierto, el único camino que tenía la revolución para superar las

dificultades; ésta fue la espada con la que cortó el nudo gordiano, sacó a la revolución de su estrecho callejón sin salida y le abrió un ancho cauce hacia los campos libres y abiertos.

El partido de Lenin, en consecuencia, fue el único, en esta primera etapa, que

comprendió cuál era el objetivo real de la revolución. Fue el elemento que impulsó la

revolución, y por lo tanto el único partido que aplicó una verdadera política socialista.

185 Pavel Axelrod (1850-1928): uno de los primeros dirigentes del Partido Socialdemócrata Ruso. Apoyó a los mencheviques. Feodor Dan (1871-1947) dirigente menchevique. Pacifista durante la guerra. Miembro del Soviet de Petrogrado en 1917. Adversario de la Revolución de Octubre.

186 Philip Scheideman (1865-1937): dirigente socialdemócrata alemán del ala derecha. Apoyó la guerra. El kaiser lo nombró secretario de estado en 1918, pero no logró salvar a la monarquía. Ministro del gabinete de Ebert, aplastó la insurrección espartaquista.

377

Esto explica, también, cómo fue que los bolcheviques, que al comienzo de la

revolución eran una minoría perseguida, calumniada y atacada por todos lados, llegaron en

un breve lapso a estar a la cabeza de la revolución y a nuclear bajo su estandarte a las

genuinas masas populares: el proletariado urbano, el ejército, los campesinos, y también a

los elementos revolucionarios dentro de la democracia, el ala izquierda de los

socialrevolucionarios. Trascrito por Célula 2 para Izquierda Revolucionaria.

La situación real en que se encontró la Revolución Rusa se redujo en pocos meses a

la alternativa: victoria de la contrarrevolución o dictadura del proletariado, Kaledin o Lenin.

Esa era la situación objetiva, tal como se presenta en toda revolución después que pasa el

primer momento de embriaguez, tal como se presentó en Rusia como consecuencia de las

cuestiones concretas y candentes de la paz y la tierra, para las que no había solución dentro de los marcos de la revolución burguesa.

La Revolución Rusa no hizo más que confirmar lo que constituye la lección básica de

toda gran revolución, la ley de su existencia: o la revolución avanza a un ritmo rápido,

tempestuoso y decidido, derriba todos los obstáculos con mano de hierro y se da objetivos

cada vez más avanzados, o pronto retrocede de su débil punto de partida y resulta liquidada por la contrarrevolución. Nunca es posible que la revolución se quede estancada, que se

contente con el primer objetivo que alcance. Y el que trata de aplicar a la táctica

revolucionaria la sabiduría doméstica extraída de las disputas parlamentarias entre sapos y ratones lo único que demuestra es que le son ajenas la psicología y las leyes de existencia de la revolución, y que toda la experiencia histórica es para él un libro cerrado con siete sellos.

Veamos el proceso de la Revolución Inglesa desde su comienzo en 1642. Allí la

lógica de los acontecimientos determinó que los presbiterianos, al vacilar, porque sus

dirigentes eludían deliberadamente la batalla decisiva con Carlos I y el triunfo sobre éste, fueran reemplazados por los independientes, que los echaron del Parlamento y se

adueñaron del poder. Del mismo modo, dentro del ejército de los independientes, la masa

de soldados pequeño-burguesa más plebeya, los "niveladores" de Lilburn, constituían la

fuerza motriz de todo el movimiento independiente; así como, por último, los elementos

proletarios dentro de la masa de soldados, los que más lejos iban en sus aspiraciones de

revolución social, y que estaban expresados por el movimiento de los "Diggers", constituían a su vez la levadura del partido democrático de los "Levelers". 187

187 Diggers y Levelers (respectivamente "cavadores" y "niveladores"): los grupos más extremos en la guerra civil inglesa (1641-1649).

378

Sin la influencia moral de los elementos proletarios revolucionarios sobre la masa de soldados, sin la presión de la masa democrática de soldados sobre las capas superiores

burguesas del Partido de los Independientes, no se hubiera "purgado" el Parlamento de

presbiterianos; no hubiera terminado en un triunfo la guerra con el ejército de los cavaliers<sup>188</sup>

y los escoceses; no se hubiera juzgado y ejecutado a Carlos I; no se hubiera abolido la

Cámara de los Lores ni proclamado la República.

¿Y qué sucedió en la gran Revolución Francesa? Después de cuatro años de lucha, la

toma del poder por los jacobinos demostró ser el único medio de salvar las conquistas de la revolución, de alcanzar la República, de liquidar el feudalismo, de organizar la defensa

revolucionaria contra los enemigos internos y externos, de terminar con las conspiraciones

de la contrarrevolución y de expandir la ola revolucionaria de Francia a toda Europa.

Kautsky y sus correligionarios rusos, que querían que la Revolución Rusa conservara

su "carácter burgués" de la primera fase, son la contrapartida exacta de esos liberales

alemanes e ingleses del siglo pasado que distinguían entre los dos consabidos periodos de la gran Revolución Francesa: la revolución "buena" de la primera etapa girondina y la "mala"

de la etapa posterior al levantamiento jacobino. La superficialidad liberal de esta

concepción de la historia seguramente no se toma el trabajo de comprender que sin el

levantamiento de los jacobinos "inmoderados" hasta las primeras conquistas de la etapa

girondina, tímidas y débiles como fueron, pronto hubieran sido enterradas bajo las ruinas

de la revolución, y que la alternativa verdadera a la dictadura jacobina, tal como el curso de hierro del desarrollo histórico planteó la cuestión en 1793, no era la democracia

"moderada", ¡sino... la restauración borbónica! No se puede mantener el "justo medio" en

ninguna revolución. La ley de su naturaleza exige una decisión rápida: o la locomotora

avanza a todo vapor hasta la cima de la montaña de la historia, o cae arrastrada por su

propio peso nuevamente al punto de partida. Y arrollará en su caída a aquellos que quieren, con sus débiles fuerzas, mantenerla a mitad de camino, arrojándolos al abismo.

Queda claro entonces que en toda revolución sólo podrá tomar la dirección y el

poder el partido que tenga el coraje de plantear las consignas adecuadas para impulsar el

proceso hacia adelante y de extraer de la situación todas las conclusiones necesarias para

lograrlo. Esto hace evidente, también, el rol miserable que jugaron los Dan, los Tseretelli, 189

etcétera, que al comienzo ejercían una enorme influencia sobre las masas pero, después de

188 Cavaliers (caballeros): los partidarios del rey Carlos.

189 Iraklii Tseretelli (1882-1959): menchevique ruso. Apoyó la guerra. Fue ministro en marzo-agosto de 1917. Adversario de los bolcheviques, emigró en 1919.

sus prolongadas oscilaciones y de que se opusieron con todas sus fuerzas a asumir el poder y la responsabilidad, fueron despiadadamente arrojados de la escena.

El partido de Lenin fue el único que asumió el mandato y el deber de un verdadero

partido revolucionario garantizando el desarrollo continuado de la revolución con la

consigna "Todo el poder al proletariado y al campesinado".

De esta manera resolvieron los bolcheviques el famoso problema de "ganar a la

mayoría del pueblo", problema que siempre atormentó como una pesadilla a la

socialdemocracia alemana. Como discípulos de carne y hueso del cretinismo parlamentario,

estos socialdemócratas alemanes han tratado de aplicar a las revoluciones la sabiduría

doméstica de la nursery parlamentaria: para largarse a hacer algo primero hay que contar con la mayoría. Lo mismo, dicen, se aplica a la revolución: primero seamos "mayoría". La

verdadera dialéctica de las revoluciones, sin embargo, da la espalda a esta sabiduría de

topos parlamentarios. El camino no va de la mayoría a la táctica revolucionaria, sino de la táctica revolucionaria a la mayoría.

Sólo un partido que sabe dirigir, es decir, que sabe adelantarse a los acontecimientos,

consigue apoyo en tiempos tempestuosos. La resolución con que, en el momento decisivo,

Lenin y sus camaradas ofrecieron la única solución que podía hacer avanzar los

acontecimientos ("todo el poder al proletariado y al campesinado"), los transformó de la

noche a la mañana en los dueños absolutos de la situación, luego de haber sido una minoría

perseguida, calumniada, puesta fuera de la ley, cuyo dirigente tenía que vivir, como un

segundo Marat, 190 escondido en los sótanos.

Más aun; los bolcheviques inmediatamente plantearon como objetivo de la toma del

poder un programa revolucionario completo, de largo alcance; no la salvaguarda de la

democracia burguesa sino la dictadura del proletariado para realizar el socialismo. De esta manera, se ganaron el imperecedero galardón histórico de haber proclamado por primera

vez el objetivo final del socialismo como programa directo para la práctica política.

Todo lo que podía ofrecer un partido, en un momento histórico dado, en coraje,

visión y coherencia revolucionarios, Lenin, Trotsky y los demás camaradas lo

proporcionaron en gran medida. Los bolcheviques representaron todo el honor y la

capacidad revolucionaria de que carecía la social democracia occidental. Su Insurrección de Octubre no sólo salvó realmente la Revolución Rusa; también salvó el honor del socialismo

internacional.

190 Jean Paul Marat (1743-1793): revolucionario francés del ala extrema. Murió asesinado.

380

## 2. La política agraria de los bolcheviques

Los bolcheviques son los herederos históricos de los niveladores ingleses y los

jacobinos franceses. Pero la tarea concreta con la que se vieron enfrentados después de la

toma del poder era incomparablemente más difícil que la de sus predecesores históricos.

(Importancia de la cuestión agraria. Ya en 1905. ¡Luego, en la Tercera Duma, el ala derecha del campesinado! La cuestión campesina y la defensa, el ejército.)

Con toda seguridad la solución del problema a través de la expropiación y distribución directas e inmediatas de la tierra por los campesinos era la manera más breve y simple de lograr dos cosas distintas: romper con la gran propiedad terrateniente y ligar

inmediatamente a los campesinos al gobierno revolucionario. Como medida política para

fortalecer el gobierno proletario socialista, constituía un excelente movimiento táctico.

Desgraciadamente, sin embargo, la cuestión tiene dos caras; y el reverso consiste en que la apropiación directa de la tierra por los campesinos no tiene nada en común con la

economía socialista.

En lo que se refiere a las relaciones dentro del agro, la transformación socialista de

las relaciones económicas presupone dos cosas:

En primer lugar, sólo la nacionalización de las grandes propiedades rurales, que

constituyen las formas y medios de producción agraria más avanzados técnicamente y más

concentrados, puede servir de punto de partida al modo socialista de producción de la

tierra. Por supuesto, no es necesario sacarle su parcela al pequeño campesino. Podemos

esperar con confianza que será ganado voluntariamente por las ventajas de la producción

social y que se persuade, primero, de la conveniencia de unirse a una cooperativa, y luego

de la de entrar a formar parte del conjunto de la economía socializada. Sin embargo, toda

reforma económica socialista de la tierra debe empezar obviamente por la gran propiedad y

la mediana. El derecho de propiedad debe, antes que nada, ser patrimonio de la nación, o,

lo que tratándose de un gobierno socialista significa lo mismo, del Estado. Esta es la única manera de posibilitar la organización de la producción agrícola de acuerdo con las

necesidades de la producción socialista a gran escala.

Además, en segundo lugar, constituye un requisito para esta transformación terminar

con la separación entre economía rural e industria, tan característica de la sociedad

burguesa; así se logrará la interpenetración y fusión de ambas, preparando el camino para la planificación de la producción agrícola e industrial con un criterio unificado. Cualquiera

que sea la forma práctica particular en que se organice la economía (a través de comunas

urbanas, como proponen algunos, o dirigida desde un centro gubernamental) debe estar

381

precedida por una reforma introducida desde el centro, y ésta a su vez precedida por la nacionalización de la tierra. Nacionalización de las grandes y medianas propiedades y unión de industria y agricultura: éstos son los dos requisitos fundamentales de cualquier reforma económica socialista; sin ellos no hay socialismo.

¡Quién puede reprochar al gobierno soviético no haber llevado a cabo estas

poderosas reformas! Lenin y sus camaradas, en su breve periodo de gobierno, se han visto

metidos en el centro de un rugiente remolino de luchas internas y externas, atacados por

incontables enemigos y adversarios. Sería muy triste criticarlos porque, en tales

circunstancias, no resolvieron, ni siquiera atacaron, una de las tareas más difíciles, con toda seguridad la más difícil, de todas las que plantea la transformación socialista de la sociedad.

¡Incluso en Occidente, en condiciones mucho más favorables, nos romperemos muchas

veces los dientes cuando estemos en el poder con esta dura nuez antes de poder resolver

las más complicadas de las miles de dificultades que presenta esta tarea gigantesca!

Un gobierno socialista que tomó el poder debe, en todo caso, hacer una sola cosa:

tomar medidas que apunten en la dirección de ese requisito fundamental de una reforma

socialista posterior de la agricultura; debe por lo menos evitar todo lo que pueda trabar el camino a esas medidas.

Pero la consigna levantada por los bolcheviques, toma y distribución inmediata de la

tierra por los campesinos, necesariamente apunta en la dirección opuesta. No sólo no es



una medida socialista; no permite encarar esas medidas; acumula obstáculos insuperables

para la transformación socialista de las relaciones agrarias.

La toma de las grandes propiedades agrarias por los campesinos, siguiendo la consigna

breve y precisa de Lenin y sus amigos: "vayan y aprópiense de la tierra", llevó simplemente a la transformación súbita y caótica de la gran propiedad agraria en propiedad campesina. No se

creó la propiedad social sino una nueva forma de propiedad privada, es decir, la división de grandes propiedades en propiedades medianas y pequeñas, o de unidades de producción

grandes relativamente avanzadas en primitivas unidades pequeñas que utilizan técnicas del

tiempo de los faraones.

¡Y eso no es todo! Con estas medidas, y por la manera caótica y puramente arbitraria

en que fueron ejecutadas, la diferenciación creada por la propiedad de la tierra, lejos de

eliminarse, se profundizó. Aunque los bolcheviques llamaron a los campesinos a formar

comités para intentar, de alguna manera, que la apropiación de la tierra de los nobles

constituyera un acto colectivo, resulta claro que este consejo general no podía cambiar la

práctica y la relación de fuerzas reales en lo que se refiere a la tierra. Con o sin comités, los 382

principales beneficiarios de la revolución agraria fueron los campesinos ricos y los usureros, la burguesía de las aldeas, que tienen en sus manos el poder real en cada aldea rusa. No

hace falta estar presente allí para imaginarse que con la distribución de la tierra no se

eliminó, sino que aumentó, la desigualdad económica y social entre los campesinos, y que

los antagonismos de clase se agudizaron. Esta apropiación del poder va en contra de los intereses del proletariado y el socialismo. Antes, se oponían a la reforma socialista en el campo solamente una reducida casta de propietarios rurales nobles y capitalistas y una

pequeña minoría de burgueses ricos de las aldeas. Y su expropiación por un movimiento

popular revolucionario de masas era un juego de niños. Pero ahora, luego de la

"apropiación", hay una masa enorme, recién desarrollada y poderosa de campesinos

propietarios opuestos a todo intento de socialización de la producción agraria, que

defenderán con uñas y dientes su propiedad recientemente adquirida contra cualquier

ataque socialista. La cuestión de la futura socialización de la economía agraria (es decir, cualquier socialización de la producción en general en Rusia) se ha transformado ahora en

una cuestión de oposición y lucha entre el proletariado urbano y la masa campesina. Hasta

qué punto se ha vuelto agudo este antagonismo lo demuestra el boicot campesino a las

ciudades, que les proporcionan el medio en el cual ejercer la especulación, de la misma

manera en que lo hace el junker prusiano.

El pequeño campesino francés se transformó en el más firme defensor de la gran

Revolución Francesa, que le dio la tierra confiscada a los émigrés. \* Como soldado de Napoleón, condujo a la victoria el estandarte francés, cruzó toda Europa e hizo pedazos el

feudalismo en un país tras otro. Lenin y sus amigos pueden haber esperado un resultado

similar de su consigna agraria. Sin embargo, ahora que el campesino ruso se apropió de la

tierra con su propio puño ni sueña con defender a Rusia y la revolución a la cual le debe

esa tierra. Se aferra obstinadamente a sus nuevas posesiones y abandonó la revolución a sus enemigos, el estado a la decadencia y la población urbana al hambre.

(Discurso de Lenin sobre la necesidad de la centralización en la industria, la

nacionalización de los bancos, el comercio y la industria. ¿Por qué no de la tierra? Aquí, por el contrario, descentralización y propiedad privada.

(El propio programa agrario de Lenin era diferente antes de la revolución. La

consigna tomada, o casi, de los tan vituperados socialrevolucionarios sobre el movimiento

campesino espontáneo.

\* En francés en el original. [ N. del T. ]

383

(Con el fin de introducir los principios socialistas en las relaciones agrarias, el gobierno soviético ahora intenta crear comunas agrarias con proletarios que en su mayoría

son desempleados de la ciudad. Pero es fácil prever que los resultados de esos esfuerzos

serán tan insignificantes que desaparecerán comparados con el amplio espectro de las

relaciones agrarias. Buscando los puntos de partida más apropiados para la economía

socialista, dividieron las grandes propiedades en unidades pequeñas; ahora tratan de

construir unidades productivas modelo, comunistas, a partir de comienzos insignificantes.

En estas circunstancias, estas comunas podrán considerarse solamente experimentos, no

una reforma social general. Monopolio del grano con subvenciones. ¡Ahora, post festum,

quieren introducir la guerra de clases en la aldea!)

La reforma agraria leninista creó una nueva y poderosa capa de enemigos populares

del socialismo en el campo, enemigos cuya resistencia será mucho más peligrosa y firme que

la de los grandes terratenientes nobles.

### 3. La cuestión de las nacionalidades

Los bolcheviques son en parte responsables de que la derrota militar se haya

transformado en el colapso y la caída de Rusia. Más aun; ellos mismos, en cierta medida,

profundizaron las dificultades objetivas de esta situación con una consigna que adquirió

importancia primordial en su política: el supuesto derecho de autodeterminación de los

pueblos, o -lo que realmente estaba implícito en esta consigna- la desintegración de Rusia.

Nuevamente proclamaron con obstinación doctrinaria, como grito de batalla especial

de Lenin y sus camaradas, la fórmula del derecho de las distintas nacionalidades del Imperio Ruso a determinar independientemente sus destinos, "incluso hasta el punto del derecho a

tener gobiernos separados del de Rusia", durante su oposición al imperialismo miliukovista

y luego al kerenskista. También fue el eje de su política interna después de la Revolución de Octubre. Y también constituyó el programa de los bolcheviques en Brest-Litovsk, 191 todo lo que tenían para oponer al despliegue de fuerzas del imperialismo alemán.

Lo que inmediatamente llama la atención es la obstinación y la rígida consecuencia

con que Lenin y sus camaradas adhieren a esta consigna, que se contradice totalmente tanto

con el centralismo que otrora predicaban en política como con su actitud hacia otros

principios democráticos. Demostraron un frío desprecio por la Asamblea Constituyente, el

191 Brest-Litovsk: aldea cercana a la frontera ruso-polaca donde se firmó el tratado de paz ruso-germano el 3

de marzo de 1918.

384

sufragio universal, las libertades de reunión y prensa, en síntesis, por todo el aparato de las libertades democráticas básicas del pueblo, que tomadas de conjunto constituyen el

"derecho de autodeterminación" dentro de Rusia. A la vez tratan el derecho de

autodeterminación de los pueblos como la joya de la política democrática, en función de la

cual deben dejarse de lado todas las consideraciones prácticas de la política realista. No se permitieron la más mínima concesión en lo que se refiere al plebiscito para la Asamblea

Constituyente en Rusia, plebiscito realizado sobre la base del sufragio más democrático del mundo, con toda la libertad de una república popular. Simplemente lo declararon nulo y

vacío, en función de una evaluación muy sobria de sus resultados. Pero son los campeones

del voto popular de las nacionalidades extranjeras de Rusia sobre la cuestión de a qué país quieren pertenecer, como si esto fuera la panacea de la libertad y la democracia, la

quintaesencia pura de la voluntad de los pueblos y la forma de hacer la justicia más

profunda en lo que se refiere al destino político de las naciones.

La contradicción que parece tan obvia resulta más difícil de entender ya que las

formas democráticas de la vida política de cada país, como veremos, realmente involucran

los fundamentos más valiosos e incluso los más indispensables de la política socialista,

mientras que el famoso derecho "a la autodeterminación" de las naciones es solamente

fraseología hueca y pequeñoburguesa.

¿Qué se supone que significa este derecho? Que el socialismo se opone a toda forma

de opresión, incluso la de una nación por otra, constituye el ABC de la política socialista.

A pesar de esto, políticos tan serios y críticos como Lenin, Trotsky y sus amigos, que

responden sólo con un irónico encogerse de hombros a cualquier tipo de fraseología

utópica como desarme, Liga de las Naciones, etcétera, en este caso hicieron de una frase

huesa exactamente del mismo tipo su hobby preferido. Ello se debe, me parece, a una política fabricada para la ocasión. Lenin y sus camaradas calcularon que no había método

más seguro para ganar a los pueblos extranjeros del Imperio Ruso para la causa de la

revolución, para la causa del proletariado socialista, que el de ofrecerles, en nombre de la revolución y el socialismo, la libertad más extrema e ilimitada para determinar sus propios destinos. Es una política análoga a la que se dieron los bolcheviques con el campesinado

ruso, satisfaciendo su hambre de tierra con la consigna de apropiación directa de las

propiedades nobles, en el supuesto de que así se los ganaría para la revolución y el gobierno proletario. En ambos casos, desafortunadamente, el cálculo resultó completamente erróneo.

Está claro que Lenin y sus amigos esperaban que, al transformarse en campeones de

la libertad nacional hasta el punto de abogar por la "separación", harían de Finlandia,

385

Ucrania, Polonia, Lituania, los países bálticos, el Cáucaso, etcétera, fieles aliados de la Revolución Rusa. Pero sucedió exactamente lo contrario. Una tras otra, estas "naciones"

utilizaron la libertad recientemente adquirida para aliarse con el imperialismo alemán como enemigos mortales de la Revolución Rusa y, bajo la protección de Alemania, llevar dentro

de la misma Rusia el estandarte de la contrarrevolución. Un ejemplo perfecto lo constituye

el jueguito que se hizo en Brest con Ucrania, que provocó un giro decisivo en las

negociaciones y sacó a luz la situación política, tanto interna como externa, a la que se ven enfrentados en la actualidad los bolcheviques. La actitud de Finlandia, Polonia, Lituania, los países del Báltico, los pueblos del Cáucaso, nos demuestra de manera convincente que aquél

no es un caso excepcional sino un fenómeno típico.

Seguramente, en todos estos casos no fue realmente el "pueblo" el que impulsó esta

política reaccionaria sino las clases burguesas y pequeñoburguesas. Estas, en total oposición a sus propias masas proletarias, pervirtieron el "derecho nacional a la autodeterminación",

transformándolo en un instrumento de su política contrarrevolucionaria. Pero (y llegamos

al nudo de la cuestión), aquí reside el carácter utópico, pequeñoburgués de esta consigna

nacionalista: que en medio de las crudas realidades de la sociedad de clases, cuando los

antagonismos se agudizan al máximo, se convierte simplemente en un instrumento de

dominación de la burguesía. Los bolcheviques aprendieron, con gran perjuicio para ellos

mismos y para la revolución, que bajo la dominación capitalista no existe la

autodeterminación de los pueblos, que en una sociedad de clases cada clase de la nación

lucha por "determinarse" de una manera distinta, y que para las clases burguesas la

concepción de la liberación nacional está totalmente subordinada a la del dominio de su

clase. La burguesía finesa, al igual que la de Ucrania, prefirió el gobierno violento de

Alemania a la libertad nacional si ésta la ligaba al bolchevismo.

La esperanza de transformar estas relaciones de clase reales en su opuesto, de ganar

el voto de la mayoría para la unión con la Revolución Rusa, haciéndolo depender de las

masas revolucionarias, tal como seriamente lo pretendían Lenin y Trotsky, refleja un grado

de optimismo incomprensible. Y si solamente se trataba de un recurso táctico en el duelo

entablado con la política de fuerza de Alemania, entonces era un juego con fuego muy

peligroso. Incluso sin la ocupación militar de Alemania, el resultado del famoso "plebiscito popular", suponiendo que se hubiera llegado hasta allí en los estados limítrofes, hubiera

proporcionado pocos motivos de alegría a los bolcheviques. Tenemos que tener en cuenta

la psicología de las masas campesinas y de grandes sectores de la pequeña burguesía, y las

miles de maneras con que cuenta la burguesía para influir sobre el voto. Por cierto, debe

386

considerarse una ley absoluta que en estos asuntos de plebiscitos sobre la cuestión nacional la clase dominante siempre sabrá evitarlos cuando no sirven a sus propósitos, o, cuando se

realizan, utilizará todos los medios para influir sobre sus resultados, los mismos medios que hacen imposible introducir el socialismo mediante el voto popular.

El simple hecho de que la cuestión de las aspiraciones nacionales y tendencias a la

separación fuera introducida en medio de la lucha revolucionaria, incluso puesta sobre el

tapete y convertida en el santo y seña de la política socialista y revolucionaria como

resultado de la paz de Brest, produjo la mayor confusión en las filas socialistas y realmente destruyó las posiciones ganadas por el proletariado en los países limítrofes.

En Finlandia, donde el proletariado luchó formando parte de la estrecha falange

socialista rusa, logró una posición predominante en el poder; tenía la mayoría en el

Parlamento y el ejército, redujo a su burguesía a una impotencia completa y, dentro de sus

fronteras, era dueño de la situación.

O tomemos Ucrania. A comienzos de siglo, antes de que se inventaran la tontería del

"nacionalismo ucraniano" con sus rublos de plata y sus "universales", o el hobby de Lenin de una Ucrania independiente, Ucrania era la columna vertebral del movimiento revolucionario

ruso. Allí, en Rostov, Odesa, la región del Donetz, brotaron los primeros ríos de lava de la revolución, que encendieron todo el sur de Rusia en un mar de llamas (ya en 1902-1904),

preparando así el alzamiento de 1905. Lo mismo sucedió en la revolución actual, en la que

el sur de Rusia proveyó las tropas selectas de la falange proletaria. Polonia y las tierras del Báltico fueron desde 1905 los núcleos revolucionarios más poderosos e importantes, y en

ellos el proletariado jugó un rol de primera magnitud.

¿Cómo puede ser entonces que en todos estos países triunfe la contrarrevolución? El

movimiento nacionalista, justamente porque alejó de Rusia al proletariado, lo mutiló y lo

entregó a manos de la burguesía de los países limítrofes.

Los bolcheviques no actuaron guiándose por la misma genuina política

internacionalista de clase que aplicaron en otros asuntos. No trataron de lograr la unión

compacta de las fuerzas revolucionarias de todo el imperio. No defendieron con uñas y



dientes la integridad del Imperio Ruso como área revolucionaria, oponiendo a todas las

formas del separatismo la solidaridad e inseparabilidad de los proletarios de todos los países que están bajo la esfera de la Revolución Rusa, haciendo funcionar a ésta como el comando

político superior. En lugar de eso, los bolcheviques, con su hueca fraseología nacionalista sobre "el derecho a la autodeterminación hasta la separación", lograron todo lo contrario, y 387

le dieron a la burguesía de los países limítrofes los pretextos más refinados, más deseables, para sus esfuerzos contrarrevolucionarios.

En vez de prevenir al proletariado de los países limítrofes de que todas las formas del

separatismo son simples trampas burguesas, no hicieron más que confundir con su

consigna a las masas de esos países y entregarlas a la demagogia de las clases burguesas.

Con esta reivindicación nacionalista produjeron la desintegración de la misma Rusia y

pusieron en manos del enemigo el cuchillo que se hundiría en el corazón de la Revolución

Rusa.

Seguramente, sin la ayuda del imperialismo alemán, sin "los rifles alemanes en los

puños alemanes", como decía el Neue Zeit de Kautsky, los Lubinski y otros bribonzuelos de Ucrania, los Erich y Mannerheim<sup>192</sup> de Finlandia, los barones bálticos, nunca hubieran ganado a lo mejor de las masas trabajadoras socialistas de sus respectivos países. Pero el

separatismo nacional fue el caballo de Troya dentro del cual los "camaradas" alemanes,

bayoneta en mano, hicieron su entrada en todas esas tierras. Los antagonismos de clase

reales y la verdadera relación de fuerzas en el plano militar provocaron la intervención

alemana. Pero los bolcheviques proporcionaron la ideología con la que se enmascaró esta

campaña de la contrarrevolución; fortalecieron la posición de la burguesía y debilitaron la del proletariado.

La mejor prueba de esto la da Ucrania, que iba a jugar un rol tan tremendo en el

destino de la Revolución Rusa. El nacionalismo ucraniano fue en Rusia algo bastante

diferente, digamos, del nacionalismo checo, polaco o finlandés. El primero era un mero

capricho, una tontería de unas pocas docenas de intelectuales pequeño-burgueses, sin

ninguna raíz económica, política o psicológica. No se apoyaba en ninguna tradición histórica, ya que Ucrania nunca fue una nación ni tuvo gobierno propio, ni tampoco una cultura

nacional, a excepción de los poemas reaccionario-románticos de Shevchenko. ¡Es

exactamente lo mismo que si un día los habitantes del Wasserkante quisieran fundar una nueva nación y un nuevo gobierno en la Baja Alemania [ Plattdeutsche]! Y esta pose ridícula de unos cuantos profesores y estudiantes universitarios fue inflada por Lenin y sus camaradas

hasta transformarla en una fuerza política con su agitación doctrinaria sobre "el derecho a la autodeterminación hasta etcétera". ¡Se le dio tanta importancia a lo que en sus comienzos fue una mera farsa, que la farsa se transformó en una cuestión de importancia fundamental,

192 Barón Carl von Mannerheim (1867-1951): responsable de la supresión de la República Obrera de Finlandia en 1918. En 1939 y 1941 dirigió el ejército finés contra Rusia. Presidente de Finlandia en 1944-1946.

388

no como movimiento nacional serio, para lo cual carecía de raíces tanto antes como después, sino como flameante bandera de la contrarrevolución! En Brest asomaron las

bayonetas alemanas de adentro de este huevo podrido.

Hay oportunidades en que frases como éstas adquieren un significado muy real en la

historia de las luchas de clases. Es una desgracia del socialismo el que en esta guerra

mundial le haya sido dado proporcionar los argumentos ideológicos a la política

contrarrevolucionaria. Cuando estalló la guerra, la socialdemocracia alemana se apresuró a

justificar la expedición depredatoria del imperialismo alemán con un argumento ideológico

extraído de los desvanes del marxismo: declararon que se trataba de una expedición

liberadora contra el zarismo ruso, tal como lo habían soñado nuestros viejos maestros

(Marx y Engels). Y a los bolcheviques, que eran la antípoda de nuestros socialistas

gubernamentales, les tocó ser quienes llevaran agua al molino de la contrarrevolución con

su fraseología sobre la autodeterminación de los pueblos; en consecuencia, no sólo

proporcionaron la ideología para justificar el estrangulamiento de la misma Revolución

Rusa, sino también los planes que permitieron activar la crisis producida por la guerra

mundial.

Tenemos buenas razones para analizar muy cuidadosamente la política de los

bolcheviques sobre esta cuestión. El "derecho a la autodeterminación de los pueblos", junto con la Liga de las Naciones y el desarme por gracia del presidente Wilson, 193 constituyen el grito de batalla que hará saltar el próximo enfrentamiento entre el socialismo internacional y la burguesía. Es obvio que la fraseología sobre la autodeterminación y el conjunto del

movimiento nacionalista, que al presente constituye el mayor peligro para el socialismo

internacional, se han fortalecido extraordinariamente desde la Revolución Rusa y las

negociaciones de Brest. Sin embargo, tendremos que tocar fondo en el camino que marca

este programa. El trágico efecto de esta fraseología sobre la Revolución Rusa, en cuyas

espinas los mismos bolcheviques estaban destinados a quedar prisioneros y a sufrir

profundos arañazos, debe servir de advertencia y lección al proletariado internacional.

Todo esto dio lugar a la dictadura de Alemania desde la época del tratado de Brest a

la del "tratado complementario". A los doscientos sacrificios expiatorios en Moscú. Al

terror y la supresión de la democracia.

193 Woodrow Wilson (1856-1924): presidente de los EE.UU. en 1913-1921.

389

#### 4. La Asamblea Constituyente

Analícemos más a fondo el problema tomando algunos ejemplos.

La tan conocida disolución de la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917 jugó

un rol destacado en la política de los bolcheviques. Esta medida fue decisiva en la posición que tomaron posteriormente; en cierta medida, representó el momento culminante de su

táctica.

Es un hecho que Lenin y sus camaradas exigían furiosamente el llamado a la

Asamblea Constituyente hasta su triunfo de octubre. La política del gobierno de

Kerenski<sup>194</sup> de escabullirle el bulto a la cuestión constituía uno de los blancos preferidos de crítica de los bolcheviques y la base de algunos de sus más violentos ataques. Por cierto,

Trotsky, en su interesante folleto De Octubre a Brest-Litovsk, dice que "la Revolución de Octubre representó la salvación de la Asamblea Constituyente", tanto como la salvación de

la revolución de conjunto. "Y cuando dijimos —continúa— que no se podía llegar a la

Asamblea Constituyente a través del Parlamento Preliminar de Tseretelli sino solamente a

través de la toma del poder por los Soviets, teníamos completa razón."

Y luego, pese a estas declaraciones, el primer paso de Lenin después de la Revolución

de Octubre fue... la disolución de esta misma Asamblea Constituyente a la cual se suponía

se le abría el camino. ¿Qué razones podían determinar un giro tan asombroso? Trotsky

discute todo el asunto en el folleto antes mencionado. Expondremos aquí sus argumentos:

"Así como en los meses anteriores a la Revolución de Octubre las masas fueron hacia

la izquierda y los obreros, soldados y campesinos se volcaron espontáneamente hacia los

bolcheviques, dentro del Partido Social Revolucionario este proceso se expresó en el

fortalecimiento del ala izquierda a costa de la derecha. Pero en la lista de candidatos de los socialrevolucionarios los viejos nombres del ala derecha todavía ocupaban las tres cuartas

partes de los puestos [...]

"Además se dio la circunstancia de que las elecciones se realizaron en el curso de las

primeras semanas posteriores a la Revolución de Octubre. Las noticias del cambio que

había ocurrido se expandían muy lentamente, en círculos concéntricos que iban desde la

capital a las provincias y desde las ciudades a las aldeas. Las masas campesinas, en muchos lugares, apenas tenían noción de lo que sucedía en Petrogrado y Moscú. Votaban por

194 Alexander Kerenski (1881-1972): socialrevolucionario ruso. Patriota durante la guerra. Vicepresidente del Soviet de Petrogrado, ocupó varios puestos ministeriales durante 1917. Primer ministro del gobierno provisional. Derrocado por la Revolución de Octubre, murió en el exilio en EE.UU.

390

'Tierra y libertad' y elegían como representantes a los comités locales a los que permanecían bajo la bandera de los narodniki. Votaban, en consecuencia, por Kerenski y Avxentiev, que habían disuelto los comités locales y arrestado a sus miembros [...] Este estado de cosas da una idea clara de hasta qué punto la Asamblea Constituyente había quedado atrás en el

desarrollo de la lucha política y de los agrupamientos partidarios."

Todo esto está muy bien y resulta bastante convincente. Pero uno no puede menos

que preguntarse cómo personas tan inteligentes como Lenin y Trotsky no llegaron a la

conclusión que surge inmediatamente de los hechos mencionados. Dado que la Asamblea

Constituyente fue electa mucho antes del cambio decisivo, la Revolución de Octubre, y que

su composición reflejaba el pasado ya desvanecido y no la nueva situación, se deduce

automáticamente que tendría que haberse anulado la Asamblea Constituyente ya superada y

l amado, sin dilación, a elecciones para una nueva Constituyente. No querían confiar, y no

debían hacerlo, el destino de la revolución a una asamblea que reflejaba la Rusia kerenskista de ayer, del periodo de las vacilaciones y las alianzas con la burguesía. Por lo tanto, lo único que quedaba por hacer era convocar una asamblea que surgiera de la Rusia renovada que

tanto había avanzado.

En lugar de esto, Trotsky extrae de las características específicas de la Asamblea

Constituyente que existía en octubre una conclusión general respecto a la inutilidad,

durante la revolución, de cualquier representación surgida de elecciones populares

universales.

"Gracias a la lucha abierta y directa por el poder -escribe- las masas trabajadoras

acumulan en un tiempo brevísimo una gran experiencia política, y en su desarrollo político

trepan rápidamente un peldaño tras otro. Cuanto más extenso es el país y más rudimentario

su aparato técnico, menores son las posibilidades del farragoso mecanismo de las

instituciones democráticas de seguir el ritmo de este desarrollo."

Aquí nos encontramos con un cuestionamiento al "mecanismo de las instituciones

democráticas" como tal. A esto debemos objetar inmediatamente que en esa estimación de

las instituciones representativas subyace una concepción algo rígida y esquemática a la que la experiencia histórica de toda época revolucionaria contradice expresamente. Según la

teoría de Trotsky, toda asamblea electa refleja de una vez y para siempre sólo la mentalidad, madurez política y ánimo propios del electorado justo en el momento en que éste concurre

a las urnas. De acuerdo con eso, un cuerpo democrático es el reflejo de las masas al final del periodo electoral, del mismo modo que los espacios celestes de Herschel siempre nos

muestran los cuerpos celestiales no como son en el momento en que los contemplamos,

391

sino como eran en el momento en que enviaron a la tierra sus mensajes luminosos desde las inconmensurables distancias espaciales. Se niega aquí toda relación espiritual viva, toda

interacción permanente entre los representantes, una vez que han sido electos, y el

electorado.

Sin embargo, ¿hasta qué punto lo contradice toda la experiencia histórica! La

experiencia demuestra exactamente lo contrario; es decir, que el fluido vivo del ánimo

popular se vuelca continuamente en los organismos representativos, los penetra, los guía. Si no, ¿cómo sería posible el espectáculo, que a veces presenciamos en todo parlamento

burgués, de las divertidas volteretas de "los representantes del pueblo", que se sienten

súbitamente inspirados por un nuevo "espíritu" y pronuncian palabras totalmente

inesperadas; o encontrarse en determinadas oportunidades con que las momias más resacas

se comportan como jovencitos o con los pequeños Scheidemännchen más diversos que de golpe empiezan a usar un tono revolucionario; todo esto siempre que hay alboroto en las

fábricas y talleres y en las calles?

¿Y habrá que renunciar, en medio de la revolución, a esta influencia siempre viva del

ánimo y nivel de madurez política de las masas sobre los organismos electos, en favor de

un rígido esquema de emblemas y rótulos partidarios? ¡Todo lo contrario! Es precisamente

la revolución la que crea, con su hálito ardiente, esa atmósfera política delicada, vibrante, sensible, en la que las olas del sentimiento popular, el pulso de la vida popular, obran en el momento sobre los organismos representativos del modo "más maravilloso. De este hecho

dependen, con toda seguridad, los tan conocidos cambios de escena que invariablemente se

presentan en las primeras etapas de toda revolución, cuando los viejos reaccionarios o los

extremadamente moderados, que surgieron de una elección parlamentaria con sufragio

limitado realizada bajo el antiguo régimen, súbitamente se transforman en los heroicos y

ardientes voceros del alza. El ejemplo clásico es el del famoso "Parlamento Largo" de

Inglaterra: fue electo y se reunió en 1642, permaneciendo en su puesto durante siete años

completos. En ese periodo reflejó en su vida interna todas las alteraciones y

desplazamientos del sentimiento popular, de la madurez política, de las diferenciaciones de clase, del progreso de la revolución hasta su culminación, desde la devota adoración a la

corona del principio, cuando el orador permanecía de rodillas, hasta la abolición de la

Cámara de los Lores, la ejecución de Carlos y la proclamación de la república.

¿Y acaso no se repitió la misma transformación maravillosa en los Estados Generales

franceses, en el parlamento sujeto a la censura de Luis Felipe, e incluso (y este último

ejemplo, el más impactante, le fue muy cercano a Trotsky) durante la Cuarta Duma rusa

392

que, electa en el año de gracia de 1909, bajo el más rígido dominio de la contrarrevolución, sintió súbitamente el aliento ardiente de la revuelta que se preparaba y se convirtió en el punto de partida de la revolución?

Todo esto demuestra que "el farragoso mecanismo de las instituciones democráticas"

cuenta con un poderoso correctivo, es decir con el movimiento vivo de las masas, con su

inacabable presión. Y cuanto más democráticas son las instituciones, cuánto más vivo y

fuerte es el pulso de la vida política de las masas, más directa y completa es su influencia, a pesar de los rígidos programas partidarios, de las boletas superadas (listas electorales),



etcétera. Con toda seguridad, toda institución democrática tiene sus límites e

inconvenientes, lo que indudablemente sucede con todas las instituciones humanas. Pero el

remedio que encontraron Lenin y Trotsky, la eliminación de la democracia como tal, es

peor que la enfermedad que se supone va a curar; pues detiene la única fuente viva de la

cual puede surgir el correctivo a todos los males innatos de las instituciones sociales. Esa fuente es la vida política activa, sin trabas, enérgica, de las más amplias masas populares.

## 5. La cuestión del sufragio

Tomemos otro ejemplo impactante: el derecho al sufragio tal como lo mantiene el

gobierno soviético. No queda para nada claro que significación práctica se atribuye a este

derecho al sufragio. Por la crítica que hacen Lenin y Trotsky a las instituciones democráticas, parecería que rechazan por principio la representación popular sobre la base del sufragio

universal y que quieren apoyarse solamente en los soviets. Por qué, entonces, utilizan un

sistema de sufragio universal, realmente no queda claro. No sabemos si este derecho al

sufragio se puso en práctica en algún lado; no se oyó hablar de ninguna elección para

ningún tipo de organismo popular representativo realizada con este sistema. Más

probablemente se trata, por así decirlo, de un producto teórico de la diplomacia; pero, sea como sea, constituye un producto notable de la teoría bolchevique de la dictadura.

Todo derecho al sufragio, como cualquier derecho político en general, no puede

medirse aplicando alguna suerte de patrón abstracto de "justicia" o de cualquier otro

término burgués democrático, sino por las relaciones sociales y económicas a las que se

aplica. El derecho al sufragio elaborado por el gobierno soviético está calculado para el

periodo de transición de la sociedad burguesa capitalista a la socialista, o sea, está calculado para el periodo de la dictadura del proletariado. Pero, según la interpretación de esta

dictadura que representa Lenin y Trotsky, se garantiza el derecho a votar a todos aquellos

que viven de su trabajo y se les niega a todos los demás.

393

Ahora bien; es obvio que este derecho a votar tiene significado solamente en una sociedad que está en condiciones de garantizar a todos los que quieren trabajar, en función de la tarea que realizan, una vida civilizada adecuada. ¿Es ese el caso de Rusia en la

actualidad? Rusia se ve enfrentada con tremendas dificultades, separada como esta del

mercado mundial y de sus fuentes de materias primas más importantes. La economía y las

relaciones productivas han sufrido una sacudida terrible como resultado de la

transformación de las relaciones de propiedad en la tierra, la industria y el comercio. En

tales circunstancias, es evidente que incontables personas han de verse súbitamente

desarraigadas, a la deriva, sin ninguna posibilidad objetiva de encontrar en el mecanismo

económico empleo para su fuerza de trabajo. Esto no sucede solamente en la clase

capitalista y en la terrateniente sino también en amplios sectores de la clase media e incluso en la misma clase obrera. Es un hecho conocido que la contracción industrial produjo un

regreso del proletariado urbano al campo en escala masiva, en procura de ubicación en la

economía rural. En tales circunstancias, otorgar el derecho político al sufragio en función de la obligación de trabajar constituye una medida bastante incomprensible. De acuerdo a la

tendencia general, se supone que solamente los explotadores se verán privados de los

derechos políticos. Y, por otro lado, a la vez que la fuerza de trabajo se desarraiga a escala masiva, el gobierno soviético se ve obligado a menudo a poner la industria nacional en

manos de sus anteriores propietarios, en consignación, por así decirlo. Del mismo modo, el

gobierno soviético se vio forzado a concluir un compromiso también con las cooperativas

de consumo burguesas. Más aún; se demostró inevitable la utilización de los especialistas

burgueses. Otra consecuencia de esta situación es que el Estado mantiene con los recursos

públicos a sectores cada vez más amplios del proletariado, como los guardias rojos,

etcétera. De hecho, amplias y crecientes capas de la pequeña burguesía y del proletariado, a las que el mecanismo económico no les proporciona los medios para ejercer la obligación

de trabajar, se ven privadas de sus derechos políticos.

No tiene sentido considerar el derecho al sufragio como un utópico producto de la

fantasía desligado de la realidad social. Y por esta razón no es un instrumento serio de la dictadura proletaria. Es un anacronismo, una anticipación de la situación jurídica adecuada a una economía socialista ya realizada, no al periodo de transición de la dictadura proletaria.

Como toda la clase media, la burguesía y la intelligentsia pequeñoburguesa boicotearon durante meses al gobierno soviético después de la Revolución de Octubre haciendo

sabotaje en los ferrocarriles, las líneas postales y telegráficas, los aparatos educacional y administrativo, oponiéndose de esta manera al gobierno obrero. Naturalmente se ejercieron

394

sobre estos sectores todas las medidas de presión posibles. Estas incluían la privación de los derechos políticos, de los medios económicos de existencia, etcétera, a fin de quebrar su resistencia con puño de hierro. Fue precisamente de esta manera que se expresó la

dictadura socialista, que no puede abstenerse de usar la fuerza para garantizar o evitar

determinadas medidas que afectan los intereses del conjunto. Pero cuando llega a una ley

electoral que resulta en la privación del derecho del voto para amplios sectores de la

sociedad, a los que políticamente se coloca fuera de los marcos sociales y, al mismo tiempo, no se está en condiciones de ubicar aunque sea económicamente dentro de esos marcos;

cuando la privación de los derechos no es una medida concreta para lograr un objetivo

concreto sino una ley general de largo alcance, entonces no se trata de una necesidad de la dictadura sino de una creación artificial a la que no se le puede insuflar vida. Esto se aplica tanto a los soviets como fundamento como a la Asamblea Constituyente y a la ley del

sufragio general.

Pero el tema no se agota con la Asamblea Constituyente y la ley del sufragio. No

hemos considerado hasta ahora la destrucción de las garantías democráticas más

importantes para una vida pública sana y para la actividad política de las masas trabajadoras: libertad de prensa, derechos de asociación y reunión, que les son negados a los adversarios del régimen soviético. En lo que hace a estos ataques (a los derechos democráticos) los

argumentos de Trotsky ya citados sobre el carácter farragoso de los organismos

democráticos electos distan mucho de ser satisfactorios. Por otra parte, es un hecho

conocido e indiscutible que es imposible pensar en un gobierno de las amplias masas sin

una prensa libre y sin trabas, sin el derecho ilimitado de asociación y reunión.

## 6. El problema de la dictadura

Lenin dice que el Estado burgués es un instrumento de opresión de la clase

trabajadora, el Estado socialista de opresión a la burguesía. En cierta medida, dice, es

solamente el Estado capitalista puesto cabeza abajo. Esta concepción simplista deja de lado el punto esencial: el gobierno de la clase burguesa no necesita del entrenamiento y la educación política de toda la masa del pueblo, por lo menos no más allá de determinados límites

estrechos. Pero para la dictadura proletaria ése es el elemento vital, el aire sin el cual no puede existir.

"Gracias a la lucha abierta y directa por el poder —escribe Trotsky— las masas

trabajadoras acumulan en un tiempo brevísimo una gran experiencia política, y en su

desarrollo político trepan rápidamente un peldaño tras otro."

Aquí Trotsky se refuta a sí mismo y a sus amigos. ¡Justamente porque es así, bloquearon la fuente de la experiencia política y de este desarrollo ascendente al suprimir la vida pública! O de otro modo tendremos que convencernos de que la experiencia y el

desarrollo eran necesarios hasta la toma del poder por los bolcheviques, y después,

alcanzada la cima, se volvieron superfluos. (El discurso de Lenin: ; ; ;Rusia ya está ganada para el socialismo! ! !)

¡En realidad, lo que es cierto es lo opuesto! Las tareas gigantescas que los

bolcheviques asumieron con coraje y determinación exigen el más intenso entrenamiento

político y acumulación de experiencias de las masas.

La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un

partido (por numeroso que este sea) no es libertad en absoluto. La libertad es siempre y

exclusivamente libertad para el que piensa de manera diferente. No a causa de ningún

concepto fanático de la "justicia", sino porque todo lo que es instructivo, totalizador y

purificante en la libertad política depende de esta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la "libertad" se convierte en un privilegio especial.

Los mismos bolcheviques no se atreverán a negar, con la mano en el corazón, que

ellos tienen que tantear paso a paso el terreno, probar, experimentar, tentar ora un camino, ora otro, y que muchas de sus medidas no son precisamente inapreciables perlas de

sabiduría. Así deberá ocurrir y así ocurrirá con todos nosotros cuando lleguemos hasta el

punto al que han llegado ellos, aunque en todos lados no se presenten las mismas

circunstancias difíciles.

Bajo la teoría de la dictadura de Lenin-Trotsky subyace el presupuesto tácito de que la

transformación socialista hay una fórmula prefabricada, guardada ya completa en el bolsillo del partido revolucionario, que sólo requiere ser enérgicamente aplicada en la práctica. Por desgracia —o tal vez por suerte— ésta no es la situación. Lejos de ser una suma de recetas

prefabricadas que sólo exigen ser aplicadas, la realización práctica del socialismo como

sistema económico, social y jurídico yace totalmente oculta en las nieblas del futuro. En

nuestro programa no tenemos más que unos cuantos mojones que señalan la dirección

general en la que tenemos que buscar las medidas necesarias, y las señales son

principalmente de carácter negativo. Así sabemos más o menos que eliminar en el

momento de la partida para dejar libre el camino a una economía socialista. Pero cuando se

trata del carácter de las miles de medidas concretas, prácticas, grandes y pequeñas,

necesarias para introducir los principios socialistas en la economía, las leyes y todas las relaciones sociales, no hay programa ni manual de ningún partido socialista que brinde la

396

clave. Esto no es una carencia, sino precisamente lo que hace al socialismo científico superior a todas sus variedades utópicas.

El sistema social socialista sólo deberá ser, y sólo puede ser, un producto histórico,

surgido de sus propias experiencias, en el curso de su concreción, como resultado del

desarrollo de la historia viva, la que (al igual que la naturaleza orgánica, de la que, en última instancia, forma parte) tiene el saludable hábito de producir siempre junto con la necesidad social real los medios de satisfacerla, junto con el objetivo simultáneamente la solución. Sin embargo, si tal es el caso, es evidente que no se puede decretar el socialismo, por su misma naturaleza, ni introducirlo por un úcase. Exige como requisito una cantidad de medidas de

fuerza (contra la propiedad, etcétera). Lo negativo, la destrucción, puede decretarse; lo

constructivo, lo positivo no. Territorio nuevo. Miles de problemas. Sólo la experiencia

puede corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida sin obstáculos, efervescente, lleva a

miles de formas nuevas e improvisaciones, saca a luz la fuerza creadora, corrige por su

cuenta todos los intentos equivocados. La vida pública de los países con libertad limitada

está tan golpeada por la pobreza, es tan miserable, tan rígida, tan estéril, precisamente

porque, al excluirse la democracia, se cierran las fuentes vivas de toda riqueza y progreso espirituales. (Una prueba: el año 1905 y los meses de febrero a octubre de 1917.) Allí era de carácter político; lo mismo se aplica a la vida económica y social. Toda la masa del pueblo debe participar. De otra manera, el socialismo será decretado desde unos cuantos escritorios oficiales por una docena de intelectuales.

El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de

experiencias no sale del círculo cerrado de los burócratas del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (palabras de Lenin, boletín N° 29). La vida socialista exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio de la clase

burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etcétera. Nadie lo sabe mejor, lo

describe de manera más penetrante, lo repite más firmemente que Lenin. Pero está

completamente equivocado en los medios que utiliza. Los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio por el terror, todas estas cosas son sólo paliativos. El único camino al renacimiento pasa por la escuela de la misma vida

pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que

desmoraliza.

Cuando se elimina todo esto, ¿qué queda realmente? En lugar de los organismos

representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky implantaron los 397

soviets como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en el conjunto del país, la vida de los soviets también se

deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y reunión, sin una libre lucha de opiniones, la vida muere en toda institución pública, se torna una mera apariencia de vida, en la que sólo queda la burocracia como elemento activo.

Gradualmente se adormece la vida pública, dirigen y gobiernan unas pocas docenas de

dirigentes partidarios de energía inagotable y experiencia ilimitada. Entre ellos, en realidad dirigen sólo una docena de cabezas pensantes, y de vez en cuando se invita a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes, y aprobar por unanimidad las mociones propuestas -en el fondo, entonces, una camarilla- una dictadura,

por cierto, no la dictadura del proletariado sino la de un grupo de políticos, es decir una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del gobierno de los jacobinos (¡la

postergación del Congreso de los Soviets de periodos de tres meses a periodos de seis

meses!) Sí, podemos ir aun más lejos; esas condiciones deben causar inevitablemente una

brutalización de la vida pública: intentos de asesinato, caza de rehenes, etcétera. (Discurso de Lenin sobre la disciplina y la corrupción.)

## 7. La lucha contra la corrupción

Un problema muy importante en toda revolución es el de la lucha con el lumpenproletariado. También en Alemania, como en cualquier otro lado, tendremos que

enfrentamos con este problema. El elemento lumpenproletario está profundamente

incrustado en la sociedad burguesa. No es solamente un sector especial, una especie de

escoria social que crece enormemente cuando se derrumban los cimientos del orden social,

sino una parte integrante de éste. Los acontecimientos de Alemania -y en mayor o menor

medida los de otros países- demostraron con qué facilidad todos los sectores de la sociedad burguesa caen en esa degeneración. Los matices entre las excesivas ganancias comerciales,

los negocios ficticios, la adulteración de alimentos, el fraude, el desfalco oficial, el robo, el hurto, el asalto a mano armada, se confunden de tal modo que la línea divisoria entre la

ciudadanía honorable y la penitenciaría ha desaparecido. Se repite el mismo fenómeno que

en la degeneración regular y rápida de los dignatarios burgueses cuando son trasplantados a tierra extraña en las colonias de ultramar. Con el derrumbe de las barreras convencionales y los puntales de la moralidad y la ley, la sociedad burguesa cae víctima de una degeneración directa e



ilimitada [Verlumpung], pues la ley que rige su vida interna constituye la más

profunda de las inmoralidades, es decir la explotación del hombre por el hombre. La

398

revolución proletaria tendrá que luchar en todos lados contra este enemigo e instrumento de la contrarrevolución.

Y sin embargo, también en relación a esto, el terror es una espada de doble filo,

sórdida, negativa. Las medidas más duras de la ley marcial son impotentes frente al estallido de la enfermedad lumpenproletaria. Por cierto, todo régimen persistente de ley marcial lleva inevitablemente a la arbitrariedad, y toda forma de arbitrariedad tiende a depravar la

sociedad. Al respecto, las únicas medidas efectivas en manos de la revolución proletaria son: medidas radicales de carácter político y social, la transformación lo más rápida posible de las garantías sociales de la vida de las masas; despertar el idealismo revolucionario, que puede mantenerse durante un largo lapso si las masas llevan una vida intensamente activa en las

condiciones de una ilimitada libertad política.

Así como la libre acción de los rayos del sol constituye el remedio más efectivo,

purificador y curativo contra las infecciones y los gérmenes de la enfermedad, el único sol curativo y purificador es la revolución misma y su principio renovador, la vida espiritual, la actividad y la iniciativa de las masas que surgen con aquella y se conforman en la más

amplia libertad política.

En nuestro caso, como en cualquier otro, será inevitable la anarquía El elemento

lumpenproletario está profundamente en-quistado en la sociedad burguesa y es inseparable

de ella.

Pruebas:

1 - Prusia Oriental, los saqueos "cosacos".

2 - La irrupción generalizada del saqueo y el robo en Alemania. (Especulación,

personal de correo y ferroviario, policía, disolución total de límites entre la sociedad bien ordenada y la penitenciaria.)

3 - La rápida degeneración [Verlumpung] de los dirigentes sindicales.

Contra esto, son impotentes las medidas draconianas de terror. Por el contrario,

producen una corrupción aun mayor. La única antitoxina: el idealismo y la actividad social

de las masas, la libertad política ilimitada.

Es una ley objetiva todopoderosa a la que no puede escapar ningún partido.

#### 8. Democracia y dictadura

El error básico de la teoría Lenin-Trotsky es que ellos también, igual que Kautsky,

oponen la dictadura a la democracia. "Dictadura o democracia", es como plantean la

cuestión tanto los bolcheviques como Kautsky. Este se decide naturalmente en favor de "la

399

democracia", es decir de la democracia burguesa, precisamente porque la opone a la alternativa de la revolución socialista oponiéndola a la democracia, y por lo tanto, a favor de la dictadura. Lenin y Trotsky, por otro lado, se deciden a favor de la dictadura de un

puñado de personas, es decir de la dictadura según el modelo burgués. Son dos polos

opuestos, ambos igualmente distantes de una genuina política socialista. El proletariado,

cuando toma el poder, no puede nunca seguir el buen consejo que le da Kautsky, con el

pretexto de "la inmadurez del país", de renunciar a la revolución socialista y dedicarse a la democracia. No puede seguir este consejo sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional y a la revolución. Debería y debe encarar inmediatamente medidas socialistas, de la manera más

enérgica, inflexible y firme, en otras palabras ejercer una dictadura, pero una dictadura de la clase, no de un partido o una camarilla. Dictadura de la clase significa, en el sentido más amplio del término, la participación más activa e ilimitada posible de la masa popular, la

democracia sin límites.

"Como marxistas —escribe Trotsky— nunca fuimos adoradores fetichistas de la

democracia formal." Es cierto que nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia

formal Ni tampoco fuimos nunca adoradores fetichistas del socialismo ni tampoco del

marxismo. ¿Se desprende de esto que también debemos tirar el socialismo por la borda, a la

manera de Cunow, Lensch y Parvus, 195 si nos resulta incómodo? Trotsky y Lenin son la refutación viviente de esta respuesta.

"Nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal." Lo que realmente

quiere decir es: siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la

democracia burguesa; siempre hemos denunciado el duro contenido de desigualdad social y falta de libertad que se esconde bajo la dulce cobertura de la igualdad y la libertad formales.

Y no lo hicimos para repudiar a éstas sino para impulsar a la clase obrera a no contentarse

195 Heinrich Cunow (1862-1936): socialdemócrata y catedrático alemán, teórico del grupo de Scheideman.

Antes de la guerra se consideraba marxista ortodoxo y luchó contra el revisionismo. Luego socialpatriota.

Paul Lensch (1873-?): socialdemócrata alemán. Antes de la guerra pertenecía al ala izquierda, y su periódico publicaba trabajos de Rosa Luxemburgo, Mehring, etcétera. Cuando ésta estalló se volvió chovinista. Su evolución hacia la derecha prosiguió hasta ser publicista de Hugo Stinnes, empresario y magnate de la prensa alemana. Fue expulsado del PSD en 1922. Parvus (Alexander Helphand) (1869-1924): destacado teórico marxista antes de la guerra, llegó a conclusiones similares a la teoría de la revolución permanente de Trotsky.

Este rompió con él en 1914, cuando Parvus encabezó el ala guerrerista de la socialdemocracia alemana. En 1917 intentó en vano reconciliar al PSD alemán con los bolcheviques y luego a los socialistas independientes con la dirección Ebert-Noske.

400

con la cobertura sino a conquistar el poder político, para crear una democracia socialista en reemplazo de la democracia burguesa, no para eliminar la democracia.

Pero la democracia socialista no es algo que recién comienza en la tierra prometida

después de creados los fundamentos de la economía socialista, no llega como una suerte de

regalo de Navidad para los ricos, quienes, mientras tanto, apoyaron lealmente a un puñado

de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza simultáneamente con la

destrucción del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza en el

momento mismo de la toma del poder por el partido socialista. Es lo mismo que la

dictadura del proletariado.

¡Sí, dictadura! Pero esta dictadura consiste en la manera de aplicar la democracia, no en su eliminación, en el ataque enérgico y resuelto a los derechos bien atrincherados y las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin lo cual no puede llevarse a cabo una

transformación socialista. Pero esta dictadura debe ser el trabajo de la clase y no de una pequeña minoría dirigente que actúa en nombre de la clase; es decir, debe avanzar paso a

paso partiendo de la participación activa de las masas; debe estar bajo su influencia directa, sujeta al control de la actividad pública; debe surgir de la educación política creciente de la masa popular.

Indudablemente los bolcheviques hubieran actuado de esta manera de no haber

sufrido la terrible presión de la guerra mundial, la ocupación alemana y todas las

dificultades anormales que trajeron consigo, lo que inevitablemente tenía que distorsionar

cualquier política socialista, por más que estuviera imbuida de las mejores intenciones y los principios más firmes.

Lo prueba el uso tan extendido del terror que hace el gobierno soviético,

especialmente en el periodo más reciente, antes del colapso del imperialismo alemán y

después del atentado contra la vida del embajador alemán. El lugar común de que en las

revoluciones no todo es color de rosa resulta bastante inadecuado.

Todo lo que sucede en Rusia es comprensible y refleja una sucesión inevitable de

causas y efectos, que comienza y termina en la derrota del proletariado en Alemania y la

invasión de Rusia por el imperialismo alemán. Sería exigirles algo sobrehumano a Lenin y

sus camaradas pretender que en tales circunstancias apliquen la democracia más decantada,

la dictadura del proletariado más ejemplar y una floreciente economía socialista. Por su

definida posición revolucionaria, su fuerza ejemplar en la acción, su inquebrantable lealtad al socialismo internacional, hicieron todo lo posible en condiciones tan endiabladamente

difíciles. El peligro comienza cuando hacen de la necesidad una virtud, y quieren congelar en 401

un sistema teórico acabado todas las tácticas que se han visto obligados a adoptar en estas fatales circunstancias, recomendándolas al proletariado internacional como un modelo de

táctica socialista. Cuando actúan de esta manera, ocultando su genuino e incuestionable rol histórico bajo la hojarasca de los pasos en falso que la necesidad los obligó a dar, prestan un pobre servicio al socialismo internacional por el cual lucharon y sufrieron. Quieren

apuntarse como nuevos descubrimientos todas las distorsiones que prescribieron en Rusia

le necesidad y la compulsión, que en última instancia son sólo un producto secundario de la bancarrota del socialismo internacional en la actual guerra mundial.

Que los socialistas gubernamentales alemanes clamen que el gobierno bolchevique de

Rusia es una expresión distorsionada de la dictadura del proletariado. Si lo fue o lo es

todavía, se debe solamente a la forma de actuar del proletariado alemán, a su vez una

expresión distorsionada de la lucha de clases socialista. Todos estamos sujetos a las leyes de la historia, y el ordenamiento socialista de la sociedad sólo podrá instaurarse

internacionalmente. Los bolcheviques demostraron ser capaces de dar todo lo que se puede

pedir a un partido revolucionario genuino dentro de los límites de las posibilidades

históricas. No se espera que hagan milagros. Pues una revolución proletaria modelo en un

país aislado, agotado por la guerra mundial, estrangulado por el imperialismo, traicionado

por el proletariado mundial, sería un milagro.

Pero hay que distinguir en la política de los bolcheviques lo esencial de lo no esencial,

el meollo de las excrecencias accidentales. En el momento actual, cuando nos esperan

luchas decisivas en todo el mundo, la cuestión del socialismo fue y sigue siendo el

problema más candente de la época. No se trata de tal o cual cuestión táctica secundaria,

sino de la capacidad de acción del proletariado, de su fuerza para actuar, de la voluntad de tomar el poder del socialismo como tal. En esto, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los

primeros, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial; son todavía los únicos, hasta ahora, que pueden clamar con Hutten: "¡Yo osé!"

Esto es lo esencial y duradero en la política bolchevique. En este sentido, suyo es el inmortal galardón histórico de haber encabezado al proletariado internacional en la

conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del

socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el

trabajo. En Rusia solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al "bolchevismo".

---